Aula de Teología desde el
Corazón de Cristo

Instituto Teológico
San Ildefonso

SAN JOSÉ
MODELO DE LOS QUE AMAN AL CORAZÓN DE JESÚS

EN EL 150º ANIVERSARIO
DE LA PROCLAMACIÓN COMO PATRONO
DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Aula
Teología desde
el Corazón de Cristo

Cuadernos del
Corazón de Jesús 7

SAN JOSÉ

MODELO DE LOS QUE AMAN AL CORAZÓN DE JESÚS

XII Jornada de Estudio de Teología desde el Corazón de Cristo

Toledo, 27 de junio de 2020

© INSTITUTO TEOLÓGICO SAN ILDEFONSO
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Andrés, 3 – 45002 TOLEDO
Tlf./Fax: 925 226 029
e-mail: publicaciones@itsanildefonso.com
www.itsanildefonso.com

© AULA DE TEOLOGÍA DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO

Con licencia eclesiástica

Depósito Legal: TO 272-2020
ISBN: 978-84-15669-85-2

Sumario

Crónica de la XII Jornada de Estudio del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo

Saludo del Sr. Nuncio de su Santidad en España, en la apertura de la XII Jornada de Estudio del *Aula de Teología desde el Corazón de Cristo*

El matrimonio de san José y la Virgen María y su misión en el Misterio de la Economía Redentora
Francisco María Fernández Jiménez

La devoción a san José en la tradición de la Iglesia
Xavier Prevosti Vives

Crónica de la XII Jornada de Estudio del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo

El pasado 26 de junio tuvo lugar a través de videoconferencia la XIII Jornada de Estudio del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo perteneciente al Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso en Toledo.

El acto contó con la presencia del Sr. arzobispo de Toledo, Mons. Francisco Cerro y Chaves y el saludo del Nuncio de su Santidad en España, Mons. Bernardito Auza Cleopas. Un notable número de asistentes se unieron al acto desde distintos lugares de toda España y también del extranjero.

La Jornada titulada "San José, modelo de los que aman al Corazón de Cristo" se organizó con motivo de la próxima celebración del 150 Aniversario de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia Universal.

En su saludo el Nuncio de su Santidad, subrayó la importancia de la celebración del aniversario de este gesto pontificio. Mons. Auza recordó la devoción que el Papa Francisco profesa por el santo patriarca e invitó a que el fruto de esta celebración a la que se dedicaba esta jornada sea ponernos en manos de San José para encontrar en él un verdadero "maestro y protector".

No faltó por parte del Sr. Nuncio una mención a las actuales circunstancias de pandemia e imploró la asistencia y protec-

ción de San José para que conforte a los enfermos y agonizantes, consuele a los que sufren, fortalezca y auxilie al personal sanitario, ilumine a los gobernantes y a todos nos de la gracia de vivir este tiempo con los ojos fijos en el corazón de Cristo.

El primero de los conferenciantes, el Dr. Francisco María Fernández, director del Instituto Teológico San Ildefonso de Toledo ofreció una conferencia sobre "El matrimonio de María y José en el misterio de la economía redentora". El ponente tuvo como principal referencia de su explicación los textos evangélicos en los que se nos muestra el papel de San José en la economía redentora, la naturaleza del verdadero matrimonio entre María y José, la auténtica paternidad de San José y el ejercicio de la misma en la educación del niño Jesús.

El primer aspecto de la ponencia versó sobre el lugar de José en el plan de la salvación. El Dr. Fernández, siguiendo el texto evangélico de la Genealogía de Jesucristo, subrayó como Dios quiso escoger a San José desde toda la eternidad para entroncar al Mesías con el pueblo de Israel y con la dinastía Davídica.

Siguiendo el hilo evangélico y varios textos de San Juan Pablo II, en la segunda parte de esta conferencia, el ponente se detuvo en los distintos aspectos que hacen de la paternidad de San José una verdadera paternidad sobre Jesús: el censo romano por el que José aparece como aquel que tiene la misión de inscribir en "el registro de los pueblos" el nombre de Jesús; en la presentación en el templo y la circuncisión, San José es quien pone el nombre de Jesús, misión encomendada en Israel al padre de familia; por último, en el pasaje de la huida y vuelta de Egipto a Nazaret y en la perdida y hallazgo del Niño Jesús en el templo, San José desempeña la misión del padre que obedece para que se cumplan a través de él las profecías sobre el niño y a su vez se trasciende a si mismo en la respuesta misteriosa del hijo en el templo que tiene que estar con las cosas de su Padre.

La paternidad de San José encuentra, según señaló el Dr. Fernández, en el matrimonio de Maria y José su principio. Este matrimonio esta fundado en la fe y de la acción del Espíritu Santo sobre los esposos que les convierte en modelos perfectos del amor entre los cónyuges y en padres fecundos de aquel que ha sido creado desde toda la eternidad.

En la última parte de su ponencia, el Dr. Fernández, se centró en el ejercicio de la paternidad de San José subrayando que la relación que entre él y el Verbo hecho carne se produce en virtud de la paternidad adquirida por su matrimonio con María. Esta paternidad la ejerce José desde una mirada contemplativa sobre el hijo que le ha sido encomendada.

Esta intervención concluyó con una invitación a centrarnos en la importancia de este santo como esposo de la Virgen y sentir su presencia junto a la de su santísima esposa en nuestra vida cristiana.

A cargo del Dr. Xavier Prevosti corrió la segunda ponencia de la Jornada. Con el título de "La devoción a San José en la tradición de la Iglesia" el Dr. Prevosti recorrió algunos de los principales hitos que han marcado la profundización en la teología en el misterio del santo patriarca.

El ponente reconociéndose como discípulo del Dr. Francisco Canals Vidal puso sobre la mesa el estudio que su maestro ha hecho sobre la figura de San José en la tradición de la Iglesia.

La conferencia estuvo estructurada por las dos etapas en las que se ha dividido el culto y la devoción al santo patriarca. En una primera, en la que san José se presentó como una figura casi ornamental en relación con Cristo, limitándose la reflexión de este momento sobre el santo a «apariciones esporádicas que se hallan aquí y allá en los escritos de los Padres». El segundo periodo, queda determinado por las «efusiones de la época moderna» en la devoción a san José.

La primera etapa, señalaba el Dr. Prevosti, se caracteriza por un "ocultamiento característico" de la figura de San José por parte de los Padres y teólogos. Hasta S. Agustín el matrimonio de San José y como consecuencia su paternidad quedó oculta por el deseo de salvaguardar la virginidad de María. Con Orígenes la paternidad de San José y su desposorio con María se redujeron a una lectura alegórica, apareciendo la imagen de un padre anciano que permanece alejado del misterio que acontece entre la Madre y el Hijo.

San Agustín es quien presenta la verdad del matrimonio desde la común virginidad sugiriendo la idea que relaciona íntimamente la virginidad de ambos esposos (afirmada por san Jerónimo) con su paternidad por don del Espíritu Santo. Sin embargo, esta reflexión agustiniana permaneció todavía mucho tiempo oculta en la reflexión de los teólogos.

La segunda etapa titulada por el conferenciante como "las efusiones de la época moderna" encuentra dos hitos fundamentales. El primero, lo constituye la aportación de Suárez sobre la relación de San José con el misterio de la unión hipostática del Verbo Encarnado y el segundo, la enorme aportación a la devoción popular y a la posterior reflexión teológica sobre el papel del Santo por parte de Santa Teresa de Jesús. Estos dos hitos son de alguna manera expresión de como la "evolución homogénea" del dogma sobre San José ha ido madurando de una manera notable hasta nuestros días. Al respecto el Dr. Prevosti trajo a colación estas palabras de su maestro el Dr. Canals que nos sitúan sobre el lugar de San José en el momento actual de la reflexión y vida de la Iglesia: "Estamos en el inicio de una nueva época, en la que, a pesar de las crisis contemporáneas, hemos seguido viviendo y que marca la contemporaneidad. A esta época pertenece la idea teológica que incluye a José en la Trinidad terrena y las concepciones en que se forma la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret, Jesús, María y José".

La mejor expresión de la verdad de estas palabras la encontramos en las modernas declaraciones pontificias sobre el papel del santo patriarca y concretamente la proclamación por parte del Papa Pío IX de su Patrocinio Universal sobre la Iglesia.

La Jornada concluyó con la intervención del Sr. arzobispo de Toledo que subrayó tres aspectos sobre San José. En primer lugar, San José como el hombre que no quiso ningún protagonismo. Reseño Mons. Chaves que el santo patriarca es un hombre que sabe amar sin protagonismo. En segundo lugar, el arzobispo destacó de San José que es el hombre que ama sin poseer. San José ama desde su virginidad, esponsalidad con María y su paternidad con Jesús. En tercer lugar, el Primado de España destacó que cuando se habla de la consagración hay que hacer el matiz que es la bautismal, es decir nos consagramos a Dios Trinidad, por la intercesión de los santos. Toda consagración, insistió D. Francisco, es a Dios y la podemos hacer a través de la intercesión de San José. Concluyó invitando a mirar a San José que nos dice que nos consagremos al Corazón de Jesús a través de su esposa María.

El Sr. arzobispo clausuró el acto animando a seguir trabajando con pasión por amar al Corazón de Cristo y evangelizar a los hombres.

José María Alsina Casanova
Director del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo

Saludo del Sr. Nuncio de su Santidad en España, en la apertura de la XII Jornada de Estudio del *Aula de Teología desde el Corazón de Cristo*

[Videoconferencia]

Excelentísimo y Reverendísimo Mons. Francisco Cerro Chaves, Arzobispo de Toledo

Ilustrísimo Sr. D. Francisco María Fernández Jiménez, Director del Instituto Teológico San Ildefonso de Toledo,

Ilustrísimo Sr. D. Carlos Loriente García, Secretario de Estudios del Instituto Teológico San Ildefonso,

Ilustrísimo Sr. D. José María Alsina Casanova, Director del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo,

Señoras y señores:

Agradeciendo la invitación que, en señal de comunión con el Santo Padre, a quien tengo el honor de representar en España, me ha hecho llegar el Sr. Arzobispo de Toledo, me complace saludar a todos los que tienen acceso a este acto a través del medio virtual, por la difícil situación que vivimos en España, y en el mundo, a causa del covid-19. Es de agradecer el esfuerzo que realiza para ello el Aula de

Teología, con la Colaboración del Instituto Internacional del Corazón de Cristo.

El próximo 8 de diciembre del presente 2020, se cumplirán los 150 años del Decreto "*Quemadmodum Deus"* (ASS 6, 1870/71, 193-194), *por el que el Beato Pío IX, proclamó* Patrono de la Iglesia Universal al Bienaventurado San José. El Papa quiso poner a toda la Iglesia bajo la protección del Cabeza de la Sagrada Familia en la tierra, con la confianza de que, así como había protegido y guardado al Niño Jesús durante su vida terrena, así también ahora continuaría esa misión favoreciendo a la Iglesia desde el cielo.

Por eso, expreso mi honda satisfacción por ésta iniciativa que no quiere dejar pasar este gesto pontificio, el cual sigue estando presente en el corazón del Papa ahora. De hecho, el Papa Francisco muestra con frecuencia en sus palabras esta misma confianza en el Santo Patriarca. En enero de 2015, yendo a mi país, a Filipinas, decía: "*Quisiera decirles una cosa muy personal. Yo quiero mucho a San José. Porque es un hombre fuerte y de silencio. Y tengo en mi escritorio una imagen de San José durmiendo. Y durmiendo cuida a la Iglesia. Sí, puede hacerlo. Nosotros no."*

Este "dormir" de San José, es el quicio que le sitúa, indudablemente, en aquello que indica el título y profundizará esta XIII Jornada de Estudio, dedicada a *"San José, modelo de los que aman al Corazón de Cristo",* pues a esto mira la devoción al Corazón de Jesús, a dejar que, en nuestras almas, el protagonismo sea de Nuestro Señor Jesucristo.

El Papa Francisco, con ocasión del año teresiano (2015) decía que, a ejemplo de Santa Teresa de Jesús, *"a menudo le hablo a san José de mis preocupaciones y problemas*

y, como ella, no me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer". También el recuerdo del 150 aniversario, del que esta Jornada se hace eco, es una invitación a ponernos en manos de éste Santo, para que ésta sea también nuestra experiencia, y encontremos en José un maestro y un protector.

Por último, imploramos de manera especial su protección en este tiempo de pandemia; que conforte a los enfermos y agonizantes, que consuele a los que sufren, que fortalezca y auxilie al personal sanitario, que ilumine a los gobernantes y que a todos nos de la gracia de vivir éste tiempo con los ojos fijos en el Corazón de Cristo.

Que por intercesión de San José y de la Virgen María, esta Jornada de Estudios ayude profundizar en el amor infinito del Corazón de Jesús y, mirando a San José, saber corresponderle en nuestra propia vida.

Muchas gracias.

S.E.R. Mons. Bernardito C. Auza

El matrimonio de san José y la Virgen María y su misión en el Misterio de la Economía Redentora

Francisco María Fernández Jiménez

Introducción

En estas páginas me propongo presentar la figura de san José como el esposo de María con la que formaba un verdadero matrimonio en cuyo seno nació virginalmente de María el Emmanuel, Dios hecho hombre. Podemos afirmar que el matrimonio fue el lugar querido por Dios para hacerse carne. Un matrimonio con una singularidad que abre a todos sus miembros a la eternidad: que todos sus miembros son vírgenes. Pero, a pesar de ser singular, no deja de estar vinculada la salvación al matrimonio, en efecto, un matrimonio es donde Dios se encarnó y la unión matrimonial es la que escoge san Pablo para explicarnos la salvación de la humanidad: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. […]. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán

los dos una sola carne. Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia»[1].

Todo esto lo haré siguiendo los pasajes evangélicos en los que aparece el santo patriarca y acudiré principalmente a la Exhortación Apostólica *Redemptoris Custos* de san Juan Pablo II. He querido hacer una ponencia sencilla, sin recurrir a muchas citas de autores cristianos tanto de Padres de la Iglesia como de teólogos para facilitar su lectura.

1. Genealogía de Jesucristo

Para comprender el papel de san José en el plan de Dios, es necesario acudir a las fuentes bíblicas, especialmente los evangelios según san Mateo y según san Lucas. Comienzo por referirme al primero de los evangelios. Si leemos detenidamente este capítulo, nos damos cuenta de que lo que pretende el evangelista es indicar cómo en Jesús se cumplen las promesas mesiánicas, en concreto aquellas que afirmaban taxativamente que el Mesías sería hijo de David y al mismo tiempo el hijo de una doncella[2] que en la interpretación judía que llevó a la traducción de los LXX esta doncella era una virgen que daba a luz un hijo. Empiezo por mostrar la forma en la que san Mateo nos señala que Jesús es el hijo de Abrahán, Jacob, Judá y David que es a través de la genealogía. Esta se inicia con la frase: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán»[3]. A continuación va mostrando como David es hijo de Abrahán enumerando los descendientes de este hasta llegar al rey salmista con la palabra engendró (ἐγένησεν). Después sigue con los descendiente de David usando la misma fórmula hasta llegar a José «el esposo de

[1] Ef 5, 25-32.

[2] Is 7, 14.

[3] Mt 1, 1.

María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo»[4]. La única diferencia es que, en el caso de Jesús, no se afirma que fuera engendrado por José sino por su esposa María. Entonces, nos preguntamos cómo puede José unir a Jesús en la dinastía davídica si no lo engendró. La repuesta a esta pregunta no es otra que José era el esposo de María y es ella el nexo entre su hijo Jesús y su esposo José, descendiente de David. Esto soluciona que se pueda llamar a Jesús, hijo de David.

Si acudimos al evangelio según san Lucas también se nos ofrece una genealogía que comienza con José y termina con Adán. El texto dice lo siguiente: «Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y era hijo, como se creía, de José (ὢν υἱός, ὡς ἐνομίζετο, Ἰωσὴφ), que a su vez era de Helí, (…) de Adán, de Dios»[5].

En resumen, san José es el llamado a insertar socialmente al Mesías tanto en el pueblo de Israel como en toda la humanidad. En efecto, Dios escogió a san José desde toda la eternidad para entroncar al Mesías con el pueblo de Israel y con el rey David, como había prometido. Por tanto, es necesaria su presencia para que el Hijo de Dios al encarnarse lo hiciera formando parte de un pueblo. Así lo quiso Dios.

2. El matrimonio con María

Justo después de la genealogía, el evangelista san Mateo nos presenta la vocación de san José a ser esposo de María y padre de Jesús. Fijémonos en la primera cualidad de san José y la principal de todas: la de ser el esposo de María.

Ya antes de la encarnación, a María nos la presenta san Lucas como «una virgen desposada con un hombre llamado José

[4] Mt 1, 16.

[5] Lc 3, 23-38.

de la casa de David»[6]. Este dato es muy importante pues es lo único que se nos dice de la mujer a la que se dirige el mensaje del ángel, además de su nombre. Durante el diálogo con el ángel, nos sorprende la pregunta de María al oír el anuncio de Gabriel que iba a dar a luz un hijo que se sentaría en el trono de David: «¿cómo será eso pues no conozco varón?»[7] porque estaba desposada precisamente con un hombre descendiente de David. Solo un deseo de vivir virginalmente los dos su matrimonio sería la respuesta. Sobre esto quiero citar estas bellas palabras del papa san Juan Pablo II:

> «El evangelio de Lucas, al presentar a María como virgen, añade que estaba "desposada con un hombre llamado José, de la casa de David". Estas informaciones parecen, a primera vista, contradictorias.
>
> Hay que notar que el término griego utilizado en este pasaje no indica la situación de una mujer que ha contraído el matrimonio y por tanto vive en el estado matrimonial, sino la del noviazgo. Pero, a diferencia de cuanto ocurre en las culturas modernas, en la costumbre judaica antigua la institución del noviazgo preveía un contrato y tenía normalmente valor definitivo: efectivamente, introducía a los novios en el estado matrimonial, si bien el matrimonio se cumplía plenamente cuando el joven conducía a la muchacha a su casa.
>
> En el momento de la Anunciación, María se halla, pues, en la situación de esposa prometida. Nos podemos preguntar por qué había aceptado el noviazgo, desde el momento en que tenía el propósito de permanecer virgen para siempre. Lucas es consciente de esta dificultad, pero se limita a registrar la situación sin aportar explicaciones. El hecho de que el evangelista, aun poniendo de relieve el propósito de virginidad de María, la presente igualmente como esposa de José constituye un signo de que ambas noticias son históricamente dignas de crédito.

[6] Lc 1, 27

[7] Lc 1, 34.

> Se puede suponer que entre José y María, en el momento de comprometerse, existiese un entendimiento sobre el proyecto de vida virginal. Por lo demás, el Espíritu Santo, que había inspirado en María la opción de la virginidad con miras al misterio de la Encarnación y quería que ésta acaeciese en un contexto familiar idóneo para el crecimiento del Niño, pudo muy bien suscitar también en José el ideal de la virginidad»[8].

Quedémonos con la idea razonable de que san José tenía como María deseo de virginidad puesto en él por el Espíritu Santo. Si no, no comprenderíamos la pregunta de María. Además, hay que desechar la representación de san José como un hombre anciano, elegido para ser custodio de María y Jesús como si fuera más el padre de la Virgen y el abuelo del niño. Un hombre anciano no soportaría el tren de vida que tuvo que llevar el santo desde el nacimiento de Jesús.

Sigamos con el hilo de los sucesos. Una vez que la Virgen ha consentido en hacer la voluntad de Dios sobre ella, haciendo un acto de confianza en el anuncio angélico, era preciso que san José aceptara al niño libremente puesto que no era suyo por generación propia. Ese fue el dilema de san José que, enterado de la concepción de su esposa, no quiso llevar a cumplimiento su matrimonio con María y decide romperlo en secreto. Es importante en este pasaje el anuncio angélico en los sueños del patriarca que le revela la voluntad de Dios: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados»[9].

Analicemos el mensaje: primero se refiere a José como hijo de David, denominación importante para el padre del Mesías, pues así estaba prometido. Luego viene la expresión propia de

---

[8] Juan Pablo II, *Audiencia General, Miércoles 21 de agosto de 1996.*

[9] Mt 1, 20-21.

relatos de vocación: "no temas", porque lo que se le pide viene del Espíritu Santo. Realmente el temor es ofender a Dios aceptando una misión que no le corresponde si no se la da Dios que capacita con su gracia para realizar su voluntad. En este caso José que era un hombre justo en el sentido de su deseo de hacer la voluntad de Dios, necesita conocer esta para poder adherirse a ella. La voluntad de Dios es recibir a María su mujer, es decir, llevar a cumplimiento el matrimonio con María. La vocación de José es la de esposo de la madre del Salvador. La segunda misión de san José es convertirse en padre del hijo de su mujer poniéndole el nombre, hecho jurídico con el que acepta la paternidad sobre ese hijo que tiene atributos divinos pues solo Dios puede salvar a su pueblo de sus pecados. Termina el texto ofreciéndonos el cumplimiento de una profecía la de la virgen que da a luz un hijo. San José acepta la voluntad de Dios haciendo lo mandado por el ángel pues Dios respeta la libertad del hombre.

Llegados a este punto me gustaría hacer un pequeño excurso entre la vocación de san José a recibir a María como esposa y la del discípulo amado a recibir a María como madre. En ambos textos aparece una revelación: en el primero de un ángel, en el segundo del propio Jesús. En ambos se solicita del sujeto al que se dirige que se reciba a María: en el primero como esposa, en el segundo como madre. En ambos hay una consecuencia para quien acepte esta voluntad divina: en el primero que recibe a Jesús como hijo y en el segundo que recibe a Jesús como hermano o incluso, si hacemos caso a la exégesis de Orígenes sobre el texto, el recibir a María como madre nos convierte en otros cristos. En ambos casos se nos presenta a Jesús como salvador: en el primero el niño salvará a su pueblo y en el segundo está culminando su obra redentora. Y en ambos se cumple una de las dos profecías marianas del Antiguo Testamento: en el primer texto la doncella que da a luz un hijo de la dinastía davídica (Is 7, 14) y en el segundo la mujer cuyo hijo destruye el poder del demonio, haciendo partícipe a su madre de esta victoria y ella a su descen-

dencia que está enemistada con el diablo (Gn 3,1 5). Es decir, en ambos casos para llegar a Jesús que es el que salva es necesario la conexión con María. No se llega a Jesús si no es por María.

Volvamos a la unión esponsal de san José y santa María que tiene como consecuencia la paternidad de san José con respecto a Jesús. En esto quiero recoger estas palabras de san Juan Pablo II:

> «El tipo de matrimonio hacia el que el Espíritu Santo orienta a María y a José es comprensible sólo en el contexto del plan salvífico y en el ámbito de una elevada espiritualidad. La realización concreta del misterio de la Encarnación exigía un nacimiento virginal que pusiese de relieve la filiación divina y, al mismo tiempo, una familia que pudiese asegurar el desarrollo normal de la personalidad del Niño.
>
> José y María, precisamente en vista de su contribución al misterio de la Encarnación del Verbo, recibieron la gracia de vivir juntos el carisma de la virginidad y el don del matrimonio. La comunión de amor virginal de María y José, aun constituyendo un caso especialísimo, vinculado a la realización concreta del misterio de la Encarnación, sin embargo, fue un verdadero matrimonio. […]
>
> La cooperación de José en el misterio de la Encarnación comprende también el ejercicio del papel paterno respecto de Jesús. Dicha función le es reconocida por el ángel que, apareciéndosele en sueños, le invita a poner el nombre al Niño: "Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"»[10].

Dicho de otro modo por el mismo pontífice:

> «Como se deduce de los textos evangélicos, el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María. Se sigue de esto que la paternidad de José –una relación que lo sitúa lo más cerca posible de Jesús,

[10] Juan Pablo II, *Audiencia General, Miércoles 21 de agosto de 1996*.

término de toda elección y predestinación– pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia»[11].

Queda claro, pues, que el matrimonio entre san José y la Virgen María fue un verdadero matrimonio que estaba destinado a crear una familia en la que naciera el Salvador del mundo y esto por voluntad divina.

Esto lo afirma el Papa León XIII:

> «Dios misericordioso, al decretar la obra de la Redención humana por tantos siglos esperada, dispuso el orden de su obra de modo que estableció como en sus comienzos una Familia, instituida por designio divino, en la que todos los hombres pudiesen contemplar el modelo de sociedad familiar de toda virtud y santidad.
>
> Tal fue, ciertamente, aquella Familia de Nazaret, en la que Cristo Dios Salvador nuestro, antes de darse a conocer a todo el mundo a plena luz como Sol de Justicia, estuvo oculto con la Virgen María y con José, varón santísimo que ejercía, respecto a Jesús, el oficio de padre»[12].

Concluyo este punto afirmando que si Dios que, al crear al hombre, lo hizo varón y mujer llamados a ser esposos: «por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne»[13], al regenerarlo ha querido también hacerlo dentro de un matrimonio que tiene una característica única que lo diferencia de la relación esponsal en el orden de la creación, que los esposos participan de la virginidad del Hijo

---

[11] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 7: *AAS* 82 (1990) 12.

[12] León XIII, *Neminem fugit*, ASS 25 (1892-1893) 8-9 (trad. tomada de F. Canals Vidal, *San José en la fe de la Iglesia. Antología de textos*, BAC, Madrid 2007, 236).

[13] Gn 2, 24.

que la mujer concibe. Esto hace único e irrepetible el matrimonio de José y de María que da lugar a la Sagrada Familia.

3. La paternidad de san José

Como acabamos de indicar, el matrimonio de José con María es el fundamento jurídico de su paternidad con respecto a Jesús. Ya hemos visto que tuvo como primera consecuencia entroncar a Jesús con la dinastía davídica. Me dispongo ahora a recorrer el evangelio según san Lucas para detenerme en aquellos pasajes donde se muestra a san José como padre de Jesús.

El primero es el relato del nacimiento del Salvador. Este ocurre en un curioso contexto que obliga a José y a María a trasladarse a Belén, cumpliendo la profecía que declaraba que el Mesías nacería en Belén: San José debe inscribirse con María en el censo que había mandado hacer el emperador César Augusto. Este acontecimiento tiene más importancia de la que parece. El papa san Juan Pablo II, recogiendo una idea de Orígenes[14], nos refiere cómo José cumplió con el deber de registrar a Jesús en el censo y así incorporarle como ciudadano del mundo. Estas son las palabras del pontífice:

> «Dirigiéndose a Belén para el censo, de acuerdo con las disposiciones emanadas por la autoridad legítima, José, respecto al niño, cumplió la tarea importante y significativa de inscribir oficialmente el nombre «Jesús, hijo de José de Nazaret» en el registro del Imperio. Esta inscripción manifiesta de modo evidente la pertenencia de Jesús al género humano, hombre entre los hombres, ciudadano de este mundo, sujeto a las leyes e instituciones civiles, pero también «salvador del mundo». Orígenes describe acertadamente el significado teológico inherente a este hecho histórico, ciertamente nada marginal: "Dado que el primer censo de toda la tierra acaeció bajo César Augusto y, como

[14] Orígenes, *Hom. X in Lucam*, 6: *S. Ch.* 87, 196 s.

> todos los demás, también José se hizo registrar junto con María su esposa, que estaba encinta, Jesús nació antes de que el censo se hubiera llevado a cabo; a quien considere esto con profunda atención, le parecerá ver una especie de misterio en el hecho de que en la declaración de toda la tierra debiera ser censado Cristo. De este modo, registrado con todos, podía santificar a todos; inscrito en el censo con toda la tierra, a la tierra ofrecía la comunión consigo; y después de esta declaración escribía a todos los hombres de la tierra en el libro de los vivos, de modo que cuantos hubieran creído en él, fueran luego registrados en el cielo con los Santos de Aquel a quien se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén"»[15].

Este dato no deja de tener importancia si queremos comprender hasta qué punto llega el amor de Dios por la humanidad que quiso entrar en el mundo como todos los hombres, a través de una familia, ser miembro de un pueblo concreto, el judío, y miembro del mundo entero simbolizado en el Imperio Romano. Si la entrada en el mundo haciéndose hombre, se la debemos a María, la pertenencia social a un pueblo y su inscripción en el registro del Imperio Romano le viene a Jesús por José el esposo de María.

Además en este pasaje encontramos a san José como testigo del nacimiento del Mesías y junto con María son los primeros que lo muestran a los pastores[16].

En el siguiente fragmento evangélico san José cumple dos deberes religiosos de padre con respecto a Jesús: uno a los ocho días que es la circuncisión y la imposición de nombre, que en el texto lucano podríamos pensar que lo pone junto con María, y el segundo la presentación en el templo a los cuarenta días junto a su mujer. Del primer acontecimiento, el pontífice citado nos dice:

---

[15] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 9: *AAS* 82 (1990) 16-17.

[16] Lc 2, 16.

> «Siendo la circuncisión del hijo el primer deber religioso del padre, José con este rito ejercita su derecho-deber respecto a Jesús.
>
> El principio según el cual todos los ritos del Antiguo Testamento son una sombra de la realidad, explica el por qué Jesús los acepta. Como para los otros ritos, también el de la circuncisión halla en Jesús el "cumplimiento". La Alianza de Dios con Abraham, de la cual la circuncisión era signo, alcanza en Jesús su pleno efecto y su perfecta realización, siendo Jesús el "sí" de todas las antiguas promesas.
>
> En la circuncisión, José impone al niño el nombre de Jesús. Este nombre es el único en el que se halla la salvación; y a José le había sido revelado el significado en el instante de su "anunciación": "Y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora»[17].

Sobre el segundo hecho, la presentación de Jesús en el templo, san Juan Pablo II nos dice:

> «El rescate del primogénito es otro deber del padre, que es cumplido por José. En el primogénito estaba representado el pueblo de la Alianza, rescatado de la esclavitud para pertenecer a Dios. También en esto, Jesús, que es el verdadero "precio" del rescate, no sólo "cumple" el rito del Antiguo Testamento, sino que, al mismo tiempo, lo supera, al no ser él mismo un sujeto de rescate, sino el autor mismo del rescate»[18].

Cambiando ahora de evangelio, san Mateo nos narra en el pasaje de la huida a Egipto de qué modo san José aparece como padre y además hace que se cumplan las profecías mesiánicas

---

[17] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 11-12: *AAS* 82 (1990) 18.

[18] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 13: *AAS* 82 (1990) 18-19.

sobre Jesús. Según el texto evangélico, san José, obedeciendo los mandatos de Dios, toma al niño y a su madre y huye a toda prisa a Egipto para evitar ser encontrado por los soldados de Herodes que tenían orden de matarlo. Luego, cuando muere Herodes, vuelve a obedecer otro mandato divino y regresa con María y Jesús a la tierra de Israel y se establece en Nazaret, con ello se cumple dos profecías una que decía: "de Egipto llamé a mi hijo" y la otra que lo denominarían nazareno[19].

El último pasaje evangélico en el que encontramos a san José está en el evangelio según san Lucas cuando nos narra la permanencia de Jesús en el templo al cumplir los doce años[20]. Según este, los padres de Jesús subían habitualmente todos los años a celebrar la fiesta de Pascua en Jerusalén. Este dato junto con las ceremonias de la circuncisión y la presentación de Jesús en el templo nos indican que Jesús fue educado por sus padres en las tradiciones y ritos con los que el pueblo judío honraba a Dios. En esta ocasión, el misterio del Verbo encarnado se les hace más presente e incomprensible, pues Jesús hace algo que no es fácil de explicar en un niño obediente: quedarse en Jerusalén sin que lo supieran sus padres. No es extraño la reacción de María que le pregunta a Jesús: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados»[21] La razón que nos ofrece el niño Jesús de su acción: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?»[22], revela que la persona en ese niño no es otro que el Hijo del eterno Padre cuya actividad principal es hacer la voluntad del Padre del cielo, una voluntad que no siempre es comprendida por todos, ni siquiera por los que vivían en contacto con el misterio: «Pero ellos no comprendieron lo que les

[19] Mt 2, 13-15. 19-23.

[20] Lc 1, 41-52.

[21] Lc 1, 48.

[22] Lc 1, 49.

dijo»[23]. Dentro de la voluntad del Padre está el nacimiento humano de su Hijo divino en el seno de una familia fundamentada en el matrimonio de José y María y uno de los mandamientos más importantes con respecto al prójimo que nos ha dado Dios es el de honrarlos. Por eso, Jesús «bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sometido a ellos»[24]. Podemos decir que en la encarnación Jesús une en su persona la obediencia al Padre eterno con la obediencia a los padres, base de la familia cuyos padres han recibido la autoridad de Dios (como todos los que ejercen autoridad) y a su vez ellos deben ejercerla siguiendo la voluntad de Dios.

4. Las virtudes de san José como esposo

Después de presentar los pasajes bíblicos en los que aparece san José como el esposo de la Virgen y padre de Jesús formando así una familia en la que se hace presente Dios con nosotros, es conveniente fijarnos en algunas de las virtudes que san José tenía como esposo y que compartía con su esposa pues vivían juntos el misterio de la encarnación que se había alojado en su casa.

La más importante es la fe que encontramos primero en María que creyó el anuncio del ángel y obedeció a Dios, convirtiéndose en madre del Redentor. Una fe y una obediencia basada en una plena confianza en que Dios es todopoderoso para realizar los planes que tiene en cada uno de nosotros y que la lleva a aceptar sin vacilar los designios de Dios sobre ella. Pero esta fe también es la de san José para recibir como esposa a la madre del Emmanuel con la que ya estaba desposado. También él cree, confía y obedece. Así lo describe san Juan Pablo II:

> «Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el

[23] Lc 1, 49.

[24] Lc 1, 51.

> final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer "fiat" pronunciado en el momento de la anunciación mientras que José –como ya se ha dicho– en el momento de su "anunciación" no pronunció palabra alguna. Simplemente él "hizo como el ángel del Señor le había mandado". Y este primer "hizo" es el comienzo del "camino de José"»[25].

El matrimonio, como llamada de Dios a vivir el amor esponsal y crear una familia, es un camino de fe en el que los esposos están invitados a recorrer el peregrinaje de su vida viviendo juntos la fe en Dios que los ha llamado. Esto es lo que podemos denominar fidelidad conyugal que se basa en la confianza y el respeto en sus relaciones esponsales. María y José viven esta fidelidad juntos como esposos. Esto es el modelo de lo que es el camino de fe para todo cristiano, pues el matrimonio no deja de ser el sacramento en el que se muestra la unión de Cristo con su Iglesia y todo cristiano está llamado a vivir su fe dentro de la Iglesia, peregrinando juntos hacia la casa del Padre, con toda confianza y obedeciendo la voluntad de aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Esto es la fidelidad al plan de Dios sobre mí. Los esposos están llamados a vivir esta fe juntos y a ser ejemplo de ello para toda la Iglesia como lo fueron José y María.

Además de la fe, en san José, como en María, es muy necesaria la apertura al Espíritu Santo y a su acción salvadora. Es cierto que este aspecto se ve mejor en la Virgen María pues es el Espíritu Santo quien fecunda sus entrañas convirtiéndola en madre. Pero a san José se le pide que no rompa el vínculo matrimonial con su esposa porque lo que hay en su seno viene del Espíritu Santo. Y él acepta la llamada a seguir siendo esposo porque la maternidad de su esposa procede del Espíritu. De ahí que el papa san Juan Pablo II nos indique:

---

[25] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 17: *AAS* 82 (1990) 22.

> «"José ... tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo". Estas palabras indican también otra proximidad esponsal. La profundidad de esta proximidad, es decir, la intensidad espiritual de la unión y del contacto entre personas –entre el hombre y la mujer– proviene en definitiva del Espíritu Santo, que da la vida. José, obediente al Espíritu, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquel "varón justo" podía esperarse según la medida del propio corazón humano»[26].

El amor esponsal de José y de María tienen su fuente en el Espíritu Santo que les inserta en su misión salvadora cuya acción principal consistió en fecundar las entrañas de la Virgen para que se formara la humanidad del Verbo divino cuyo órgano principal es su corazón misericordioso lleno de amor. Pero no solo forma la humanidad sino que en el desarrollo de todo hombre el amor paternal y maternal juega un papel esencial. Es el Espíritu el que transforma el corazón y lo modela para que los esposos se amen y juntos puedan ejercer su misión de padres de los nuevos hijos.

Finalmente, como tercera característica que existe en ambos esposos es lo que podíamos denominar el vínculo de caridad que el prefacio de la misa "Santa María de Nazaret" expresa con estas palabras: «[En Nazaret], la Virgen purísima, unida a José, el hombre justo, por un estrechísimo y virginal vínculo de amor, te celebró con cánticos, y adoró en silencio, te alabó con la vida y te glorificó con su trabajo»[27]. Este vínculo de amor estrechísimo y virginal entre José y María es descrito, en lo que se refiere a san José, por el pontífice en estos términos: «Mediante el sacrificio

---

[26] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 19: *AAS* 82 (1990) 24.

[27] *Misas de la Virgen María I: Misal*, Coeditores Litúrgicos, Madrid 2002, 61

total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole "don esponsal de sí". Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios»[28]. Sobre este amor virginal entre los dos esposos es bueno recordar estas palabras de san Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio*: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo»[29], y añade en la *Redemptoris Custos*: «que es comunión de amor entre Dios y los hombres»[30]. En la Sagrada Familia estos dos modos de vivir están unidos.

5. Relación paterno-filial con Jesús

El último punto en el que me quiero fijar es en la relación paterno filial de san José con Jesús.

Comienzo por el papel educador de san José con respecto a Jesús. Para ello nada mejor que acudir a una catequesis que sobre san José dirigió el papa Francisco el 19 de marzo de 2014. En ella nos invita a mirar al patriarca como «el modelo del educador, que custodia y acompaña a Jesús en su camino de crecimiento "en sabiduría, edad y gracia"»[31]. Fijándose en el crecimiento en edad asegura: «que es la dimensión más natural, el crecimiento físico y psicológico. José, junto con María, se ocupó de Jesús ante todo

---

[28] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 20: *AAS* 82 (1990) 25.

[29] Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, 16: *AAS* 74 (1982), 98.

[30] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 20: AAS 82 (1990) 24-25.

[31] Francisco, *Audiencia General 19 de marzo de 2014*.

desde este punto de vista, es decir, lo "crio", preocupándose de que no le faltase lo necesario para un desarrollo sano»[32].

Sobre el aspecto del crecimiento en sabiduría afirma el actual pontífice:

> «Pasemos a la segunda dimensión de la educación: la «sabiduría». José fue para Jesús ejemplo y maestro de esta sabiduría, que se alimenta de la Palabra de Dios. Podemos pensar en cómo José educó al pequeño Jesús en la escucha de las Sagradas Escrituras, sobre todo acompañándolo el sábado a la sinagoga de Nazaret»[33].

Por su parte, el crecimiento en gracia es más misterioso por eso el papa Francisco sostiene que:

> «Aquí ciertamente la parte reservada a san José es más limitada respecto a los ámbitos de la edad y de la sabiduría. Pero sería un grave error pensar que un padre y una madre no pueden hacer nada para educar a los hijos en el crecimiento en la gracia de Dios. Crecer en edad, crecer en sabiduría, crecer en gracia: éste es el trabajo que hizo José con Jesús, ayudarle a crecer en estas tres dimensiones, ayudarle a crecer»[34].

Finalmente, el Pontífice anima a los padres, sacerdotes (que tienen la misión de padres de la comunidad) y a los que se dedican a la enseñanza que sigan el ejemplo de san José en la educación de aquellos que les han sido encomendados por Dios.

He dejado un aspecto muy importante en la educación de Jesús: la inserción en el campo laboral. Es un hecho que los evangelios llaman a Jesús tanto «el hijo del carpintero»[35], como

---

[32] Ibid.

[33] Ibid.

[34] Ibid.

[35] Mt 13, 55.

«el carpintero»[36]. Esto entra también a formar parte del misterio de la encarnación pues la humanidad del Hijo de Dios ha ejercido un oficio durante la mayor parte de su vida en la tierra, mostrando la importancia que tiene el trabajo en la santificación del hombre. Así nos lo muestra el papa san Juan Pablo II: «Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención»[37]. Además, en este campo laboral, se muestra la importancia de la santificación en la fidelidad a las realidades cotidianas. San Pablo VI ahondando en este tema afirma: «San José es el modelo de los humildes, que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan "grandes cosas", sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas»[38].

Después de este papel educador de san José, lo segundo a lo que me quiero referir es la relación que entre él y el Verbo hecho carne se produce en virtud de la paternidad adquirida por su matrimonio con María. Siguiendo a san Juan Pablo II[39], vamos a fijarnos en dos aspectos de esta relación: el silencio contemplativo y la comunión de vida. Mientras vayamos describiendo estos puntos, es bueno considerar que estos aspectos deben darse en toda relación paterno filial.

---

[36] Mc 6, 3.

[37] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 22: *AAS* 82 (1990) 27.

[38] Pablo VI, *Alocución* (19 de marzo de 1969): *Insegnamenti*, VII (1969), p. 1268.

[39] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 25-27: *AAS* 82 (1990) 28-30.

Comenzamos por el silencio contemplativo, que es muy importante, sobre todo al comienzo de la vida del niño y que acompaña toda su vida. Silencio contemplativo pues los hijos no dejan de ser un misterio para los padres. Estos van escudriñando con amor a quien Dios ha puesto en sus vidas para ayudarles a madurar y poder ofrecerles lo que es mejor para ellos. En el caso de la Sagrada Familia, esta contemplación se hace más profunda y divina, pues el hijo al que contempla José es el Hijo del eterno Padre que se encarnó en el seno de su esposa María. Ambos contemplan en misterio. No es extraño que si María meditaba todas estas cosas que guardaba en su corazón, san José hiciera lo mismo, pues, como dice el pontífice: «José estaba en contacto cotidiano con el misterio "escondido desde siglos", que "puso su morada" bajo el techo de su casa»[40].

El tercer aspecto es la comunión de vida entre José y Jesús, que es la de un padre y un hijo. En este caso el hijo es el Hijo de Dios encarnado cuya humanidad se convierte en instrumento eficaz de santificación para todos los hombres. Así la describe san Juan Pablo II:

> «Todos [estos misterios son] salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradiaba a todos los hombres, a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y su padre putativo, José, a quienes la voluntad divina había colocado en su estrecha intimidad. Puesto que el amor «paterno» de José no podía dejar de influir en el amor "filial" de Jesús y, viceversa, el amor "filial" de Jesús no podía dejar de influir en el amor "paterno" de José, ¿cómo adentrarnos en la profundidad de esta relación singularísima? Las almas más sensibles a los impulsos del amor divino ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior. […]

[40] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 25: *AAS* 82 (1990) 28

Podemos decir que José ha experimentado tanto el amor a la verdad, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo, como la exigencia del amor, esto es, el amor igualmente puro del servicio, requerido por la tutela y por el desarrollo de aquella misma humanidad»[41].

5. Conclusión

En esta ponencia, he querido hacer hincapié en los aspectos más sobresalientes de la figura de san José según los encontramos en las Sagradas Escrituras y en el magisterio de san Juan Pablo II por ser el último pontífice que dedica un documento completo al Custodio del Redentor. Lo que más desearía resaltar de su figura es la relación esponsal de san José con la siempre Virgen María la madre de Jesús. Esta es esencial en él, pero también en María, puesto que María es esposa de san José y como tal incorpora a su marido a la función paterna de su hijo Jesucristo que fue engendrado en sus purísimas entrañas virginalmente. ¿No podríamos ver también una unión entre san José y la Virgen María a la hora de ejercer su función de madre sobre nosotros? Hay santos como santa Teresa del Niño Jesús o el propio san Josemaría Escrivá que han visto esta relación de san José con la Virgen María y la han llevado a su vida espiritual. Habría que centrarnos en la importancia de este santo como esposo de la Virgen y sentir su presencia junto a la de su santísima esposa en nuestra vida cristiana.

[41] Juan Pablo II, Exhort. Apos. *Redemptoris Custos*, 27: *AAS* 82 (1990) 29-30

La devoción a san José en la tradición de la Iglesia

Xavier Prevosti Vives

Introducción

Al hablar de la devoción a san José en la tradición de la Iglesia no pretendemos recopilar o enumerar los elementos particulares, aunque a veces verdaderas joyas de la espiritualidad, que encontramos en la historia de la espiritualidad o en la vida de los cristianos a lo largo de los siglos. El objeto de nuestra reflexión no es tratar meramente de la tradición de esta devoción atendiendo a los aspectos singulares de las distintas etapas de la historia de la Iglesia en relación con el santo Patriarca. Nuestra intención es analizar y recoger el contenido que, en la tradición de esta devoción, podemos encontrar para establecer unas sólidas bases orientadas a la reflexión teológica sobre el lugar que ocupa san José en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Según el parecer de grandes teólogos como B. Maria Xiberta o Melchor Cano, «la enseñanza de los Santos Padres y la doctrina de los teólogos no podría ser reconocida como cauce u órgano de la tradición eclesiástica, que es cauce de la tradición apostólica, sino en cuanto un consentimiento moralmente uná-

nime los manifiesta como testigos de la "fe de la Iglesia"»[1] y, por tanto, como un «lugar teológico».

Ahora bien, como advierte el Dr. Francisco Canals:

> «Resultaría una vía desorientadora la que buscase el "consenso de los Santos Padres" como testigos de la fe –o en su línea el consenso de la doctrina de los teólogos– en la línea de un "mínimo común" o como término medio que el teólogo positivo hubiese de buscar, con métodos meramente históricos, e instrumentales hermenéuticos muchas veces discutibles, mediante el estudio de los textos patrísticos o del estudio de la teología.
>
> Precisamente porque *la Tradición vive y se desarrolla en la Iglesia, también y muy principalmente por la enseñanza de los Santos Padres*, es en definitiva la universal enseñanza o el testimonio público de la fe de la Iglesia, expresado por el órgano del Magisterio eclesiástico, el criterio por el que se discierne y destaca lo que en la enseñanza de los Padres es testimonio de la fe recibida, o aquello en lo que *tal o cual singular Santo Padre es, para la Iglesia, testigo o doctor de la fe*, y de lo que por ella recibimos como divinamente revelado».[2]

Recordemos, sin embargo, que, como dice Xiberta, la inexistencia de actos solemnes sirve de comprobación de que no ha sido nunca discutido entre los cristianos, sino siempre creído como revelado[3]. Comprender bien el lugar específico del

---

[1] Cf. F. Canals, *La tradición apostólica en la doctrina de los Santos Padres*, en: *Obras Completas* (Balmes: Barcelona 2017), vol. 4B, p. 340.

[2] Ibid., p. 341.

[3] «Sic magisterium ordinarium maximam adquirit auctoritatem et efficacissimum argumentum in quaestionibus theologicis praebet, immo sub aliquo aspectu efficacius quam solemne. Re enim vera natum est extollere veritatum evidentiam, cum solemne magisterium in dubiis atque difficultatibus vincendis plerumque exerceatur. Profecto in supremis veritatibus dogmaticis absentia cuiuslibet actus magisterii solemnis pro maximo argumento

sensus fidei,[4] tal y como lo expone el Concilio Vaticano II, es de importancia capital en la reflexión que queremos hacer sobre la tradición de la devoción a san José ya que, como notaba el santo Papa Juan XXIII, san José permaneció durante siglos y siglos en un ocultamiento característico:

> «En el culto de la Santa Iglesia, Jesús el Verbo de Dios hecho hombre, recibió desde el principio la adoración que le es debida, y que es incomunicable; ... María, su Madre, le siguió de cerca desde los primeros siglos; José, por el contrario, aparte de algunas apariciones esporádicas que se hallan aquí y allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en un ocultamiento característico, un poco como una figura ornamental en el cuadro de la vida del Salvador. Y fue preciso tiempo hasta que su culto penetrase por los ojos y entrase en el corazón de los fieles, e hiciese brotar un movimiento especial de plegaria y de confiado abandono. Estos gozos del fervor estaban reservados a las efusiones de la época moderna: ¡oh cuán ricos e imponentes!».[5]

Por tanto, en relación al culto a san José podemos decir, con León XIII, que «la piedad del pueblo, que se nutre de la fe y la expresa, ha tomado de alguna manera la marcha por sí misma»[6], después de un misterioso ocultamiento durante siglos.

---

habetur», B. M. Xiberta, *Introductio in Sacram Theologiam*, Herder (Barcelona 21964) cap. 6, q. 18, p. 198.

[4] «La universalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo, no puede equivocarse al creer, y manifiesta esta su peculiar propiedad mediante el sobrenatural sentido de la fe de todo el pueblo, cuando desde los obispos hasta los últimos fieles seglares, expresan su asentimiento universal en cosas de fe y de costumbres», Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 12.

[5] San Juan XXIII, *Le voci*, 19 de marzo de 1961: AAS 53 (1961) 206.

[6] «¡Ciertamente en esta cuestión, de la que por primera vez vamos a hablar públicamente, sabemos que la piedad del pueblo, no sólo se siente inclinada a ello, sino que ha tomado de algún modo la marcha por sí

Veamos, pues, en un primer momento esta etapa en la que san José se presenta como una figura casi ornamental en relación a Cristo, pero poniendo la atención en aquellas «apariciones esporádicas que se hallan aquí y allá en los escritos de los Padres». Después, en un segundo momento, veremos los elementos más destacados de las «efusiones de la época moderna» en la devoción a san José.

1. Un ocultamiento característico

Dice san Bernardo que san José «ni fue esposo de la Madre, ni padre del Hijo, aunque, por una cierta dispensación, fuese por un tiempo llamado y tenido como lo uno y lo otro […] porque más tolerable y más honesto fue que por un tiempo se pensase que Cristo había nacido de matrimonio que no de fornicación».[7] Es indudable que la intención del Doctor Melífluo es defender la verdad de fe de la virginidad de María, negando así la paternidad de san José fundada en la humana generación por la natural relación conyugal entre esposos, que los contemporáneos le atribuían. Pero también debemos reconocer que la terminología y la conceptualización de esta intención plenamente ortodoxa y acorde con los datos de la fe, sin embargo, es insuficiente y heredera de una línea de pensamiento que no hace justicia al lugar y misión que ocupa san José en el misterio de Cristo.

Es preciso retrotraerse hasta los inicios de la edad patrística para, según Francisco Canals, encontrar el origen de este sistema

---

misma y avanza cada día en este sentido; porque el culto a san José, que en épocas anteriores se habían esforzado los Sumos Pontífices en propagar y aumentar gradualmente, en estos últimos tiempos podemos verlo crecer con incrementos patentes y por todas partes», León XIII, *Quamquam pluries*, 15 de agosto de 1889: ASS 22 (1889-1890) 66.

[7] San Bernardo, *De landibus B.M. Virginis*, Homilía 2 sobre el texto *Missus est* n. 15 (PL 183, 69 y 67).

de conceptos que, al parecer, reposa en una incorrecta interpretación del versículo de Lc 3, 23 al inicio de su genealogía: «Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y se pensaba [NV: *ut putabatur*] que era hijo de José».[8]

En lugar de interpretar este versículo como una afirmación de la filiación divina mediante una reserva sobre su consideración exclusiva en la línea de la filiación humana, se interpretó como una negación simple y directa de la paternidad de san José. Esto conllevaba negar o al menos reducir a una falsa opinión todas aquellas afirmaciones en el Evangelio en las que se trata a san José como padre de Jesús; implicaba también la negación del verdadero matrimonio entre José y Maria[9] e, incluso, conduce a considerar algo ajeno al sentido de la fe cristiana el reconocimiento de la filiación davídica de Jesús como signo del cumplimiento de la promesa divina.

Parece que Orígenes, como nota Francisco Canals, a partir de unas palabras de san Ignacio de Antioquía sostiene que, para

---

[8] De esta cita toma origen la expresión «padre putativo» que, según Canals, siendo una terminología insuficiente, «su uso en uso en el lenguaje del Magisterio, […] pueden explicarse precisamente por la razón de que con ella no se intenta propiamente negar la paternidad real, ni afirmar una paternidad "postiza", sino sólo aludir al hecho, permitido e incluso dispuesto por un designio providencial, de que Jesús fuese pensado, a partir de la ordinaria experiencia humana, como «el hijo de José de Nazaret. […] La denominación de José como padre putativo de Jesús sería, pues, válida en el sentido remotivo, e incluso como afirmación de una denominación opinativa y "dispensatoria"», F. Canals, *Interpretaciones patrísticas sobre Lc 3, 23 en el origen del término "padre putativo"*, en *Obras Completas*, vol. 5A, p. 335.

[9] En este sentido resulta interesante el estudio de Lalonde, M., csc, «La signification mystique du mariage de Joseph et de Marie»: *Estudios Josefinos* 49-50 (1971) 548-563, porque revela hasta qué punto el modo de hablar de estos Padres al negar o minimizar los desposorios entre José y María, dificultaron durante siglos la comprensión teológica del simbolismo del matrimonio entre José y María como «tipo» de la unión entre Cristo y la Iglesia.

ocultar al demonio el nacimiento virginal de Jesús, María fue desposada aparentemente con José. Según Orígenes, aunque san José fuera nutricio del Salvador –de aquí la denominación de padre nutricio–, sin embargo «estas cosas [la paternidad de san José y el desposorio con María] han de ser entendidas alegórica o espiritualmente, según el modo en que nada obsta para que José sea dicho padre de Cristo, aunque absolutamente no sea padre suyo».[10]

El prejuicio antijudío de Orígenes (es sabido que Orígenes confunde a los ebionitas negadores de la divinidad de Jesús y de la concepción virginal, que afirmaban la paternidad natural de José, con los cristianos de la Iglesia de la circuncisión) y su lectura alegórica conducen al célebre teólogo del siglo tercero a dar credibilidad «en la patrística griega a la leyenda apócrifa o mito del anciano custodio de María, varón viudo que había sido en su primer matrimonio el padre de los hermanos del Señor».[11]

El *Protoevangelio de Santiago*, con su mito de un san José anciano y viudo, adquirió posteriormente fuerza en autores como Eusebio de Cesarea o san Epifanio de Salamina, con intención de afirmar no tanto la concepción virginal, sino la perpetua virginidad de María. Sin embargo, la exageración de la ancianidad de san José debilitaba la verosimilitud de la «aparente» paternidad ante los contemporáneos. Son numerosas las posturas que a partir de esta idea de un san José desposado, pero no verdadero esposo de Maria, sino más bien custodio de la Madre del Redentor, se diversifican y complican en multitud de opiniones:

> «Mientras desde la perspectiva de la leyenda de los apócrifos se tendió a afirmar, con la ancianidad, también la muerte

[10] Orígenes, *In Lucam homiliae*, 17 (PG 13, 1843).

[11] F. Canals, *o.c.*, en *Obras Completas*, vol. 5A, p. 304. Véase también J. M. Canal Sánchez, cmf, «San José en los apócrifos del Nuevo Testamento»: *Estudios Josefinos* 49-50 (1971) 123-149.

> pronta de José (san Epifanio); otros autores parecen inclinarse a subrayar que José, que todavía vivía en el momento de la pasión del Señor, no "convivía" con María, y que por esta razón fue ésta confiada al evangelista Juan (san Cipriano, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo); o notan que después del nacimiento de Jesús, José ya no es nombrado por los Evangelistas como cónyuge de María (san Hilario). Estas concepciones, entre sí contradictorias, hubieran dejado sin sentido la comprensión, madurada después en la conciencia cristiana, de la Sagrada Familia de Nazaret como origen y principio de la Iglesia».[12]

Tuvo que aparecer san Jerónimo para dar solución a la inestable interpretación de la figura y misión de san José, a pesar de moverse él en la línea del pensamiento «común», que establecía la ascendencia davídica por María e interpretaba todas las alusiones evangélicas a José como padre de Jesús como expresión de opiniones humanas, dispuestas providencialmente pero no verdaderas. El autor de la Vulgata tuvo la intuición de comprender que la virginidad de María era una común virginidad de ambos esposos, José y María, en su escrito contra Helvidio:

> «Tú dices que María no permaneció virgen: yo vindico para mí lo que es más, que incluso el mismo José fue virgen por causa de María, para que del matrimonio virginal naciese el Hijo virgen. Si pues no es posible la fornicación en un varón santo, y no está escrito que tuviese otra esposa [...] resta afirmar que permaneció virgen con María el que mereció ser llamado padre del Señor».[13]

Sin embargo, el avance doctrinal de san Jerónimo estaba todavía bajo la influencia de las concepciones imperfectas anteriores y dejaba sin fundamentación el verdadero matrimonio y la peculiar paternidad de san José. Fue san Agustín quien desde

---

[12] F. Canals, *o.c.*, *Obras Completas*, vol. 5A, p. 334.

[13] San Jerónimo, *Adversus Helvidium*, 19 (PL 23, 213).

su insistente afirmación de la verdad del matrimonio en la común virginidad[14] sugirió la idea que relaciona íntimamente la virginidad de ambos esposos (afirmada por san Jerónimo) con su paternidad por don del Espíritu Santo:

> «A la piedad y caridad de José le nació de María Virgen el Hijo, y este mismo Hijo de Dios. (...) Lo que el Espíritu Santo obró, para uno y otro lo obró. Siendo varón justo, dice. Luego justo el varón, justa la Mujer. El Espíritu Santo, descansando en la justicia de ambos, a ambos les dio un Hijo. (...) Así a ambos les dice el Ángel que impongan el nombre al Niño en lo que se declara la autoridad de los padres».[15]

Como advierte Canals, estas tesis agustinianas permanecieron sin embargo ocultas y «sólo después de las discusiones de los canonistas del siglo XII entre las teorías del consentimiento de la voluntad o de la consumación por la cópula carnal como constituyendo la esencia del vínculo matrimonial, pudieron ser asumidas por los grandes Doctores escolásticos del siglo XIII».[16] Como muestra de este ocultamiento durante siglos destacamos la ausencia de grandes expresiones de devoción, culto o piedad al Patriarca san José, lo cual se hace especialmente notorio en la

---

[14] Como hace notar F. Canals los planteamientos medievales en torno a la naturaleza del vínculo conyugal en un matrimonio virginal no están en el horizonte de san Agustín: «su insistente afirmación de la verdad del matrimonio en la común virginidad se realiza sólo en contacto con el texto bíblico leído desde la experiencia cristiana; sin que interfiera ninguno de los planteamientos que habrían de surgir en los siglos medievales sobre la naturaleza del vínculo conyugal o sobre la compatibilidad del mismo con un «voto de virginidad» en los cónyuges anterior al consentimiento al vínculo conyugal», F. Canals, *San José en la fe de la Iglesia*, en *Obras Completas*, vol. 5A, p. 327.

[15] San Agustín, *Sermón 51*, n. 30 (PL 38, 351) en *Obras de san Agustín*, t. 10, BAC (Madrid 1983) 42-44.

[16] F. Canals, *o.c.*, *Obras Completas*, vol. 5A, p. 335.

iconografía josefina que relega al santo a un lugar marginal y, a veces, incluso ridículo en su representación.[17]

Ante esta ausencia y silencio devocional con relación a san José, en los primeros siglos de la historia de la Iglesia, san Juan Pablo II afirmó que, aunque «José [...] permaneció oculto en el misterio de Aquel a quien el Padre celestial le había confiado [...], se necesitaban almas profundas –como santa Teresa de Jesús– y los ojos penetrantes de la contemplación, para que pudiesen ser revelados los espléndidos rasgos de José de Nazaret».[18]

2. Las efusiones de la época moderna

En el primer centenario de la proclamación de san José como Patrón de la Iglesia Universal, en 1970, la *Sociedad Ibero-Americana de Josefología* (Valladolid) y la *Société Nord-Américaine de Joséphologie* (Montreal) organizaron el I Simposio Internacional en Roma centrado en el tema de *San José en los primeros quince siglos de la Iglesia.* Para los siguientes siglos, fueron necesarios, por ejemplo, sólo para el siglo XVII dos Simposios Internacionales, el tercero y el cuarto, en 1980 (Montreal) y en 1985 (Kalisz, Polonia). El Simposio anterior, el segundo internacional, tuvo lugar en Toledo, en 1976 sobre *san José en el Renacimiento*. Después los simposios siguieron al ritmo de un siglo por encuentro internacional hasta el tratamiento de los siglos XIX y XX y continúan hasta nuestros días, ahora organizados por la *Red Internacional de Centros de Investigación Teológica sobre San José* que aglutina centros josefinos del mundo entero. La enorme

[17] Véase S. de Arriba Cantero, *Arte e iconografía de san José en España*, Ediciones Universidad de Valladolid, (Valladolid 2013); Egido López, T., «San José en la escultura románica española», en *Estudios Josefinos*, 49-50 (1971) 735-745; García Guinea, M.A., «San José en la vida y en la iconografía medieval», en *Estudios Josefinos*, 3 (1948) 85.

[18] San Juan Pablo II, *Audiencia general*, 19 de marzo de 1980.

cantidad de estudios y aportaciones realizadas en este tiempo han sido recogidas en las actas publicadas por la revista *Estudios Josefinos* del Centro Josefino Español de Valladolid.[19]

Podríamos destacar, por ejemplo, la influencia de autores como santo Tomás de Aquino, que con su gran precisión conceptual sobre la esencia de la relación esponsal representa en sus textos un progreso decisivo en la comprensión del carácter verdaderamente matrimonial de la relación de José con María; o de Juan Gerson (1663-1429), que en palabras de F. Canals «no admite comparación más que con los mayores y originarios creadores de doctrina: san Agustín o san Francisco de Sales»[20]; así como de la primera obra teológica sistemática josefina: la *Suma de los dones de san José* (1521), de Isidoro de Isolano, en la que argumentó a favor de la liberación del pecado original en el alma de san José desde el mismo seno de su madre en razón de la semejanza que era congruente se diera entre los esposos.

Sin embargo, para el objetivo de nuestra reflexión nos centraremos solamente en dos aspectos que nos parecen decisivos para dar razón de la expansión de la devoción a san José en la modernidad. El primer elemento explicativo del florecimiento de la devoción josefina reside, a mi juicio, en la enorme aportación teológica que hizo Francisco Suárez al fundamentar definitivamente la tesis de la pertenencia de san José al orden hipostático. Al situar al esposo de la Madre de Dios en el orden de la unión hipostática, de forma teológicamente argumentada, Suárez puso las bases teológicas para dar razón de la paternidad de san José y de las intuiciones de san Agustín y san Jerónimo.

---

[19] Véase para un resumen de esta labor el artículo de Herran, L. Mª, «Historia de la devoción y la teología de san José»: en *Scripta Theologica* 14 (1982/1) 355-360.

[20] F. Canals, *San José en la fe de la Iglesia*, en *Obras Completas*, vol. 5B, p. 302.

Sin embargo, no bastaría este avance en la contemplación teológica del Patriarca y de su misión en relación con Cristo y a la dispensación de la gracia en la Iglesia, para dar razón de la extensión de su devoción. Una vez más debemos recordar las palabras de León XIII: «la piedad del pueblo […] ha tomado de alguna manera la marcha por sí misma». En efecto, no se explicaría la gran eclosión devocional josefina sin la referencia a la mística santa Teresa de Jesús. El capítulo VI de su *Libro de la Vida* ha tenido una influencia singular e incomparable en la historia de la piedad cristiana: «es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo».[21] Al asumir santa Teresa a san José como «padre y señor mío» empezaba en la Iglesia un gran movimiento espiritual por el cual, por medio del *sensus fidei*, el Pueblo de Dios venía a reconocer vitalmente en san José una función y misión paterna más allá de la simple intercesión de cualquier santo. Lo que teológicamente definió y explicó Suárez como «pertenencia al orden hipostático», los grandes santos y místicos ya lo vivían y expresaban en sus oraciones y manifestaciones de piedad.[22] Así lo expresaba en 1970 san Pablo VI:

---

[21] Santa Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, cap. 6, n. 6, en *Obras Completas*, Aguilar (Madrid 1948), p. 47-48.

[22] No cabe duda de que la contemplación teológica del dogma alimenta la espiritualidad y viceversa. Así, por ejemplo, como nota Canals, no sería posible la *devotio moderna* sin el progreso dogmático de los primeros concilios: «Pensemos en san Bernardo, o en los franciscanos, los dominicos, la llamada *devotio moderna*, el venerable Tomás de Kempis, san Francisco de Sales, el Oratorio, la escuela francesa de espiritualidad, san Ignacio de Loyola, san Alfonso María de Ligorio. Pensemos en santa Teresa de Jesús, que dice: "Dios se ha hecho hombre y podemos tener familiaridad con Él", y que explica que ella le dice tonterías al Señor, en plan de amigos, porque ya se hace cargo el Señor, y dice "para esto se encarnó, para que pudiésemos ser amigos de Él". En las definiciones de esta economía de la Encarnación, y en esta definición de que en Cristo hay una voluntad humana, que es voluntad

> «He aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María, constituye el vértice, por decirlo así, por medio del cual se esparce la santidad por toda la tierra».[23]

Por esto podemos concluir con F. Canals Vidal, en este año que celebramos el 150 aniversario de la proclamación de San José como Patriarca del Pueblo de Dios que:

> «Si tenemos presente que esta entrada de José como contenido de la teología escolástica es contemporánea con el impacto de la exhortación carismática de Teresa de Jesús por el cap. VI de su Vida, comprenderemos que estamos en el inicio de una nueva época, en la que, a pesar de las crisis contemporáneas, hemos seguido viviendo y que marca la contemporaneidad. A esta época pertenece la idea teológica que incluye a José en la Trinidad terrena y las concepciones en que se forma la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret, Jesús, María y José.
>
> »En este tiempo, el genio de Gaudí se pone al servicio de una corriente de devotos de san José que lleva a promover el Templo de la Sagrada Familia barcelonés, así como en Canadá, país católico puesto bajo el patrocinio de san José desde el siglo XVII, la devoción al santo lleva al "hermano Andrés" a poner en movimiento, entre los fieles, la construcción en Montreal de un Oratoire de saint Joseph cuya cúpula sólo es inferior en amplitud de diámetro a la de san Pedro de Roma, mientras es mayor que

---

del Hijo de Dios en cuanto hombre, está una razón esencial del modo cómo ha de ser la piedad cristiana, y cómo hemos de dejarnos llevar por todos los maestros del espíritu que han sido cristocéntricos, que han centrado su camino hacia Dios en la humanidad de Cristo. Toda la espiritualidad cristiana ha venido orientada por estos espléndidos concilios»., F. Canals, *Los siete primeros concilios*, en *Obras Completas*, vol. 3, p. 143.

[23] San Pablo VI, *Alocución a los Equipos de Nuestra Señora*, 4 de mayo de 1970: AAS 62 (1970) 431.

la de la catedral anglicana de san Pablo de Londres y que la de la basílica de santa Teresita del Niño Jesús de Lisieux.

»Las interrupciones y decadencias en el movimiento espiritual y teológico no impiden, pues, que tengamos que ver en Suárez y en santa Teresa de Jesús el inicio de algo que ha de llevar al patrocinio de san José sobre la Iglesia proclamado por el beato Pío IX y en el patrocinio de san José sobre el Concilio Vaticano II, fervientemente deseado por el beato Juan XXIII, el papa del Concilio, misteriosamente contemporáneo de desconcertantes crisis en la espiritualidad y en la doctrina, que impiden ver el crecimiento, en lo profundo, iniciado por Juan XXIII y madurado en las espléndidas actuaciones de Pablo VI».[24]

Permítanme terminar con unos versos del capellán mozárabe de nuestra querida ciudad de Toledo, José de Valdivieso (1560-1638), y amigo de Lope de Vega. Valdivieso es autor del célebre poema titulado *Vida, excelencias y muerte del glorioso Patriarca y esposo de Nuestra Señora, san José* (Toledo 1604), en veinticuatro cantos (2.264 octavas reales y 18.112 versos endecasílabos), es la más vasta obra literaria escrita sobre el santo, y la fuente de gran parte de la literatura castellana sobre el tema del siglo XVII. Pero los versículos con los que queremos terminar pertenecen al *Romance de san José* (Toledo 1612) y gustaba mucho de recitar y meditarlos mi maestro Francisco Canals sin el cual no sería posible esta ponencia. Los versos son la expresión de mi admiración y amor a san José y María y espero que les sirvan a ustedes también como fuente de oración y devoción al santo Patriarca y su excelsa Madre, Nuestra Señora, Santa María:

«Serafines abrasados,
decidme, si lo sabéis:
¿qué tanto puede, en la corte,

[24] F. Canals, *San José en la fe de la Iglesia*, en *Obras Completas*, vol. 5B, p. 396-397.

con sus altezas, José?
Si a la que es mujer mejor
da Dios el que mejor es,
y vivieron transformados
él en ella y ella en él;

si vosotros sois vasallos
que besáis sus blancos pies,
por vuestra reina adorando
la que él tiene por mujer;
si Dios lo que no es Dios cría,
y él crió lo que Dios es
y fue criador del Criador,
serafines, ¿qué diréis?

Que es el mayor santo
menor que José,
pues sirvieron todos
al que mandó él».[25]

[25] J. de Valdivieso, *Romance de san José*, en *Romancero espiritual*, Espasa-Calpe (Madrid 1984) 273-275.

Teología desde
el Corazón de Cristo

Aula de Teología desde el Corazón de Cristo
Instituto Teológico San Ildefonso
Pl. San Andrés, 3 - 45002 Toledo

Tlf.: 925 226 029 - E-mail: aulacoriesu@gmail.com.com

ISBN 978-84-15669-85-2